

INFANCIA ROBADA. REFLEXIONES SOBRE EL ABUSO SEXUAL EN LA INFANCIA.

**MARIA JESUS SORIANO SORIANO
PSICOLOGA CLÍNICA**

Cuando me pidieron participar en esta jornada, me pareció muy interesante aportar mi experiencia de casos de mujeres adultas que me habían relatado, en algún momento de su psicoterapia, que habían sufrido abusos sexuales en sus infancias. El motivo por el que ellas habían consultado no era ese, ni tampoco atribuían parte de su malestar a esa dolorosa experiencia, a esa parte de su infancia robada, sino que habían pedido atención psicológica por otros problemas – inhibición intelectual y social, dificultad en las relaciones de parejas, trastornos psicosomáticos, sentimientos depresivos, sentimientos de soledad y aislamiento, situaciones de violencia dentro de la pareja etc. En algún momento de la sesión de psicoterapia, la mujer que ha recuperado la confianza en poder confiar, transmite a la terapeuta o al grupo de psicoterapia su experiencia de abuso sexual. Es la primera vez que la explica.

Las cifras difieren según el método que se utilice para la obtención de las informaciones, pero el consenso de los estudios retrospectivos realizados con adultos estima que la proporción de los individuos agredidos sexualmente antes de los 18 años es de un 20% en las mujeres, y del 10% en los hombres. Todos los niños y las niñas no corren el mismo riesgo: las niñas sufren el doble número de agresiones sexuales y los niños o niñas más expuestos se encuentran en las familias “tradicionales”

La mayoría de las veces, las niñas conocen al agresor, que en un 70 % de los casos es un pariente cercano. En el caso de los niños, lo más frecuente es que sea un desconocido. Esta distinción es importante, ya que el niño puede pelear, huir, odiar y despreciar al agresor, cosa que para él constituye un factor de protección similar al de una situación de guerra en que las categorías están claras. Sin embargo las niñas agredidas por un hombre con el que han establecido un vínculo afectivo o por un amigo de los padres difícilmente pueden beneficiarse de esta defensa.

Por el contrario, cuando las niñas estiman que no tienen que proteger al agresor, dudan menos en hablar de ello. Oficialmente, el 90% de las denuncias por agresión sexual se presentan contra hombres y el 10% contra mujeres. Se estima que una niña de cada tres denuncia al agresor y que menos de un niño de cada diez hace lo mismo cuando la agresión viene de una mujer. Sabiendo que, en la actualidad, el “índice de abusos cometidos por mujeres está subestimado”, y que los niños hablan muy poco sobre esos temas, podemos pensar que existe un tabú de la representación que impide la resiliencia de los niños que son víctimas de mujeres.

El propósito de mi exposición en estas Jornadas, es compartir mis experiencias y poder reflexionar conjuntamente sobre las consecuencias del abuso sexual en la recuperación de estas mujeres y también, sobre nuestras dificultades y recursos como profesionales

Judit Herman en "trauma y recuperación", cita a Silvia Fraser, autora y superviviente del incesto, que nos explica que en épocas anteriores podría muy bien haber sido condenada por brujería, en la época de Freud se la habría diagnosticado de histeria clásica. En la actualidad se trataría como desorden de personalidad múltiple. Padecía numerosos síntomas: convulsiones histéricas, amnesia psicógena, síntomas que empezaron en la infancia: anorexia y promiscuidad en la adolescencia; disfunciones sexuales, relaciones íntimas problemáticas, depresión e impulsos suicidas en la vida adulta.

En unas últimas investigaciones, se ha constatado un alto porcentaje de mujeres maltratadas que han vivido experiencias de incesto y/o abusos sexuales en su infancia o adolescencia y que en estos últimos años se está descubriendo que muchas mujeres internadas en hospitales psiquiátricos o con síndromes "borderline", han sido abusadas sexualmente y éstas son las consecuencias.

He pensado ilustrar mis reflexiones a través de viñetas de mujeres que han sobrevivido a la situación de abuso sexual y donde sus vidas transcurren desde estructuras mentales y mecanismos diferentes.

Las viñetas las dejo abiertas para que conjuntamente podamos ir reflexionando sobre cómo mejor comprender la situación de las pacientes, para poderles ayudarlas en su recuperación. Comprender no quiere decir interpretar. Hay que ser muy prudentes con las indicaciones, observaciones y con las interpretaciones. Debemos tener en cuenta muchos elementos, como la capacidad de introspección e integración, las estrategias de supervivencia desarrolladas por cada persona, posibles alternativas positivas de su vida y la ayuda que puede esperar recibir de su entorno inmediato. Se requiere una investigación psicológica detallada por parte de la psicoterapeuta que permita establecer un buen diagnóstico y una estrategia adecuada basadas en la percepción y en la comprensión

Las pacientes nos hablan con su lenguaje, un lenguaje del cuerpo que ha estado dañado y herido y busca curación. La sintomatología nos habla y nos desvela el secreto que la superviviente no puede poner en palabras

La violencia es uno de los problemas más graves entre países, entre diferentes grupos étnicos, en las calles de nuestras ciudades, en nuestras escuelas e institutos y también es el problema más grave en las familias, dentro de los hogares. **Hogar dulce hogar**

La familia puede ser una unidad social que posibilita crecer a sus miembros y desarrollar sus capacidades, su potencia y habilidades necesarias para lograr su

autonomía, como también un lugar de sufrimiento, arbitrariedad, injusticia, opresión, pena, amenazas, violencia y abusos sexuales.

Dentro de la familia podemos construir el proceso de identidad y de la individualización, o bien de la indiferencia y alienación.

Al inicio de mi práctica como psicoterapeuta, vino derivada por su logopeda, Marisol, mujer de 26 años que solicita atención psicológica por crisis de ansiedad. Había conseguido una plaza como residente en un hospital y tenía mucho miedo a perder el control y se estaba quedando sin voz.

Recuerda su infancia como un periodo triste, solitario y en donde siempre estaba en casa. Su madre no le dejaba salir a jugar con otras niñas, ir a casa de las vecinas, ni tampoco ir de excursión con el colegio. Su madre temía que le pasara algo.

Marisol, es una mujer joven que le cuesta ubicarse en el mundo externo, en su mundo interior, en el mundo real. Dice sentirse desde hace muchos años como si viviera en una burbuja. En una sesión en la que anuncia historias familiares muy dramáticas, me comenta que su padre la intentó seducir. Me lo anuncia desde la distancia emocional y como si no tuviera que ver con ella. Le pregunto que quiere decir sobre lo “su padre la intentó seducir”.

Me explica que cuando tenía seis años se tumbó en el sofá al lado de su padre. Estaban cubiertos con una manta. Su padre empezó a acariciarla. Le cogió la mano y se la puso en su pene. Le pidió que se lo acariciara. Ella se negó. A la edad de diez años, descubrió que su padre tenía revistas pornográficas en las que aparecían jóvenes, casi niñas. Su padre seguía acariciándola, tocándola, nunca intentó penetrarla. La relación de toqueteos duró hasta los catorce años, cuando intuyó que aquello no podía ser normal.

Reynaldo Perrone, estudioso del problema de abusos sexuales en la familia, nos habla de que la gran mayoría de los incestos padre-hija ocurren sin violencia “objetiva” de tipo agresivo. El padre no seduce a la hija sino que la confunde y le hace perder el sentido crítico. Por parte de la hija a la vez no- consentimiento y aceptación. Es importante tener bien presente este matiz desigual de la relación: el padre se vale de su poder para establecer una relación de influencia en beneficio propio y en detrimento de los intereses de la niña

Marisol me sigue explicando: *Su madre hacia poco que había tenido a la tercera hija. No sabe el motivo, pero su padre amenazaba a su madre con marcharse de casa y abandonarlas. Su madre estaba convaleciente del parto. Lloraba desesperada para que su marido no se marchara. Finalmente se quedó pero decidió dormir en otra habitación. Era una noche de San Juan. Hacia mucho calor. Los vecinos les habían invitado a una verbena que daban en la terraza. Pero sus padres desistieron la invitación. Su padre estaba en la habitación, había una luz*

tenue. Ella estaba en el comedor. Sonaba la música. Ella pensaba que venía de la habitación de su padre. Entró y su padre le pidió que se acercara.

Perrone, nos describe cómo este tipo de experiencias es semejante a los efectos de un embrujamiento: Lo cotidiano se convierte en una ceremonia y un ritual de hechizo. Dentro de las características de este hechizo, estaría el “abuso de confianza”. , el abusador toma posesión de la víctima mediante argumentos falsos, traicionando la confianza que esta depositó en él

El padre de Marisol había erotizado y sexualizado el vínculo de la relación con su hija, y esta se sentía atrapada por el miedo de la vivencia al abandono del padre, Para ella el padre era una figura débil que debía consolar, calmar y tranquilizar para que no las abandonara y debía acceder a lo que él le pedía. A su madre la describe como muy dominante, tanto en la relación con su padre como con ellas.

En sus sesiones de psicoterapia, sus relatos los centraba, ordenaba cronológicamente, para que nada se le escapara. Eran sesiones donde ella misma se mostraba aburrida. Nada pasaba ni dejaba que pasara. El sentimiento de culpabilidad, la protegía del sentimiento de maldad, agresividad, hostilidad y odio por el daño sufrido en un entorno protector y de amor. No podía expresar agresividad, ni hostilidad hacia el abusador, tampoco hacia la otra figura- la madre. El sentimiento que la acompañaba era de no ser suficientemente buena, válida e incapaz de ser querida, mitigando ese sufrimiento con el esfuerzo y el sacrificio hacia los demás.

Os hablaré de Salvadora. Cuando la atendí por primera vez, era una joven de 21 años que había solicitado ayuda en el centro de atención a mujeres maltratadas. Explica el horror de una relación de pareja en donde ella se casó embarazada y se separó a punto de dar a luz. El marido ya en la noche de boda le pegó y la violó. Ella se quedó aterrorizada, paralizada y poco a poco perdiendo la capacidad de pensar. Una noche en que su marido la tenía cogida del cuello, entró la madre de ella y le obligó a salir de la habitación. Regresó de nuevo a casa de sus padres y nació el niño.

En su proceso de recuperación, participa en un grupo de psicoterapia para mujeres que han sufrido violencia de sus parejas. Su participación en el grupo desconcierta al resto de mujeres. No conecta emocionalmente con lo que dice haberle pasado y lo explica desde fuera, desafectivizando su relato e ironizando y emitiendo un discurso frívolo y chistoso. Por otra parte, con relación a las mujeres del grupo, tiene una actitud de preocupación ante los problemas que sus compañeras exponen, siendo muy solícita con ellas.

Boros Cyrulnik nos describe este mecanismo como la representación del trauma cercano al aislamiento. Este atenúa el sentimiento vinculado a un recuerdo o a un pensamiento. El sujeto sabe perfectamente que el trauma es grave, pero al decirlo en un tono ligero, puede al menos expresarlo y restablecer el vínculo con sus allegados. “No les molesto con mi desastre, no les petrifico con mi horror, al contrario, les divierto les intereso, cosa que revaloriza, puesto que me convierto en

la persona que alegra y despierta su curiosidad. Pero bien sé, en el fondo de mí mismo, que lo que me ha ocurrido no es ninguna frivolidad “. El humor, hiperconsciente, se opone al rechazo. Es un trabajo de representación que exige un espectador, un testigo, otra persona. A veces, la escisión en los traumatizados le permite ser esa otra persona y convertirse en espectadores de sí mismos. Es fácil que se descarríe esa defensa cuando se vuelve rígida y adquiere forma de máscara o de estereotipo, cuando los heridos ríen con espasmos al relatar sus padecimientos o cuando el humor se transforma en un procedimiento que impide cualquier relación auténtica.

Salvadora es una de las participantes en el grupo de psicoterapia que no falta a las sesiones. A los dos años de su asistencia en el grupo, en una sesión nos anuncia que nos va a explicar un suceso que le pasó en su infancia. Nos pide que no la interrumamos.

“Tendría unos cuatro o cinco años. Durante el periodo de las vacaciones escolares y cuando sus padres trabajaban, la dejaban a ella y a su hermano, en casa de los abuelos maternos que vivían en un pueblo. El abuelo le decía que era la nieta preferida, la mejor de todas. Cuando ellos estaban juntos era su novia. Por eso le pedía que durmiera con él, que lo acariciara, que lo besara. Las cosas que ellos hacían, era un secreto que solo quedaría entre ellos. Eran juegos que él solo hacía con ella porque para él, era especial, era la mejor. Esta relación terminó cuando el abuelo decidió que había encontrado otra y que ella ya no era la preferida. Tendría siete u ocho años de edad.

Perrone, autor que os referí con anterioridad, nos menciona otro de los efectos del hechizo, - la captación, mecanismo para apropiarse del otro, en el sentido de captar su confianza, atraerlo, retener su atención y privarlo de su libertad. Para lograr la captación utilizan tres vías: la mirada, el tacto y la palabra. Estas tres vías forman parte del bagaje sensorial y sensitivo de una persona. Así como la mirada es el canal más sutil, el tacto representa el hecho de captación más notable e irrefutable. Los contactos tienen una intensidad sensorial desconcertante, y van asociados a mensajes triviales (jugar), de protección o afecto (dormir juntos, abrazarse) de cuidado “revisar el cuerpo “. No solo se está produciendo una focalización de atención sino una base en el que se mezclan la excitación sensorial y las consignas verbales de aprendizaje, que condicionarán los comportamientos ulteriores de los niños. En lo que se refiera a la palabra, es el canal más sofisticado del conjunto de las estrategias del abusador. La palabra puede ser utilizada de modo confuso, cuando hacen referencia a varios campos semánticos diferentes: “querer”, puede ser querer como en el caso de Salvadora, como abuelo, como amante, con ternura, sexualmente, etc., no hay posibilidad de diferenciar de qué campo se trata.

Siguiendo con el relato de Salvadora y ante las preguntas del grupo, esta intenta retomar el recuerdo. *Dice que intentó decírselo a su madre “El abuelo me da picos en la boca”. En la escuela empezó a tener conductas exhibicionistas. En*

medio de la clase se levantaba las faldas, enseñaba las bragas y se las quitaba, mostrando su desnudez. La llevaron al psicólogo.

En la relación abusiva, el cuerpo de la niña, sensibilizado y preparado para reaccionar ante las estimulaciones sensoriales, no puede evitarlo, o lo hacen pero a expensas de una disociación imposible. El mecanismo sensitivo se acelera, sin posibilidad de control ni contención. Por otra parte, no pueden transferir su excitación a un objeto sexual integrado en su red social. Cuando lo intentan, los otros niños y niñas suelen rechazarlo, tratándolo de anormal, y con frecuencia estos episodios dan lugar a reprobaciones o sanciones por parte de los adultos, ya sean en la escuela, como en el caso de Salvadora o entre los familiares no muy próximos.

En todos los casos que he investigado y reflexionado está el secreto impuesto por el abusador. Bajo esta demanda que hace el abusador, los hechos quedan encapsulados en el espacio familiar, sin posibilidad de ser compartidos en el interior ni en el exterior. El secreto supone la convicción de que las vivencias en cuestión son incomunicables. El secreto es una de las instrucciones más notables y tenaces. Tienen carácter de compromiso implícito.

El caso de Salvadora, es un ejemplo de la repetición del traumatismo a la edad adulta. Salvadora había consultado por la violencia sufrida por su marido y a través del proceso terapéutico desvela el secreto de un abuso sexual en la infancia. En sus relaciones adultas, busca atención y cuidados en la necesidad de ser protegida, vinculándose a figuras autoritarias que le ofrecen una alta seguridad y una relación amorosa simbiótica que la deja atrapada en la dificultad para poner límites y a perderse en su identidad, temiendo continuamente ser abandonada. Su deseo es el deseo del otro perpetuándose así, el vínculo traumático.

En uno estudio de E. Sue Blume que denominó – síndrome de post-incesto en las mujeres, efectos secundarios del incesto, - calificó los problemas con relación a las relaciones sexuales cuando se llega a la edad adolescente y adulta, de seductividad compulsiva o compulsivamente asexual.

Salvadora, presentó una conducta excesivamente sexualizada ya en la adolescencia. Ella dice que era una ninfómana y que así se presentaba cuando tenía una relación con algún chico. Era insaciable, según ella, y se jactaba de tener libertad sexual.

En cambio, para Marisol, el sexo lo consideraba como algo “sucio”. , sintiendo aversión a los actos sexuales; sensación de que su cuerpo le ha traicionado, y experimentado una paralización sexual.

Marisol descubrió la masturbación cuando estaba preparando un trabajo para una asignatura de medicina. Dice que lo probó pero no le gusto. Tenía 26 años y no

había tenido ninguna relación sexual, ningún contacto y decía experimentar miedo a la aproximación física con los hombres.

Me gustaría hablaros de Ana. Es una mujer que pidió atención por los problemas que tenía en sus relaciones con los hombres. La sexualidad como instrumento para la búsqueda de afecto. Decía: “dar el mejor sexo que nadie pueda dar,” La necesidad de “sexo para ser amada”, de saber y hacer lo que otra persona necesita o quiere; para ella las relaciones implicaban un trueque – daba sexo, esperando recibir afecto.

En las sesiones se muestra muy correcta, es decir, buena paciente, pero está muy distante emocionalmente. Sus emociones están bloqueadas y por temor a que salgan, anestesia a la terapeuta. Ella dice que teme que salga de su interior algo monstruoso. Teme estar guardando un terrible secreto. Tiene la urgencia de revelarlo a la vez que teme compartirlo. Tiene la certeza de que nadie la escuchará o que no la creerán

Por fin pudo expulsar al monstruo. Relata una infancia pegada a sus padres. No había más familia, vivían los tres juntos y salían a pasear siempre juntos. La relación con su padre fue afectuosa y era con quien más jugaba y se divertía, hasta los siete años que fue cuando su padre cortó de improviso la relación con ella. Cambió su actitud y su comportamiento. Por las noches, de forma brusca y violenta, abría su habitación y le acusaba de estar tocándose y le ordenaba que no se manoseara más. La acusaba de tocamientos “impuros”. Tenía siete años. No entendía nada. Su madre guardaba silencio y no se posiciona.

Poco a poco, la fragmentación de su discurso, fue adoptando forma y pudimos ir pensando y entendiendo los deseos incestuosos de su padre al entrar ella en la pubertad. El padre, para defenderse de los impulsos incestuosos, los proyecta en ella, atacándola y agrediéndola verbalmente, acusándola de algo que en realidad formaba parte de sus propios deseos que no podía reprimir, y al no poder, los proyectaba en su hija. Por otra parte, el silencio y la ambivalencia de su madre, la hizo cómplice y Ana tuvo que esforzarse para ser una buena hija, buscando aún hoy en día, la aprobación y el reconocimiento de su madre. Se siente una mala hija. Lo más importante para Ana era la relación con su madre y la falta de protección y comprensión por parte de ella, lo vive como un trauma aún mayor que los deseos incestuosos de su padre.

*La forma de protegerse en las relaciones con el otro, es **anestesiando** el contacto emocional. En su relación terapéutica, anestesia las sesiones, que es una forma de cómo ella expresa su propia dificultad de sentir, de emocionarse de conectar con ella misma. La anestesia estaría al servicio de negar la necesidad de dependencia y conectar con la vivencia de abandono y pérdida.*

La vivencia interna de las mujeres víctimas de abusos es ser culpables de las acciones del otro. Siguen despreciándose y asumen la culpa y la vergüenza del abusador. Este sentimiento de maldad interior se convierte en núcleo de su identidad que persiste en la edad adulta. Todo intento para ser buena no es

suficiente, cediendo a todo lo que el otro espera de ella. La víctima crea imágenes idealizadas al menos de uno de sus progenitores. En ocasiones la niña /mujer intenta conservar el vínculo con el progenitor que no la arremete y excusa la falta de protección del otro progenitor culpabilizándose ella. Aunque más común es, que la niña-mujer idealice al progenitor que abuse de ella y lleve la rabia al progenitor que ella vive como indiferente

El abuso sexual perpetuado por un padre a su hija-hijo es más transparente y denunciado que el realizado por una madre a su hija o hijo. Autores como Kramer y Estela Weldon, estudioso en el tema del incesto materno, se plantean la cuestión sobre las perversiones femeninas, sobre todo con relación a la maternidad: “¿Por que son tan reacios los terapeutas a etiquetar de incestuoso el estímulo sexual ejercicio por la madre y, sin embargo, están relativamente dispuestos a reconocer el incesto paterno? Ofrece como posible explicación la idea de que la “resistencia a aceptar el concepto de incesto materno está relacionado, profundamente asentado, casi universalmente, entre la figura de la madre como una madonna y una puta”.

Estela V. Weldon, en su libro “madre, virgen, puta. Idealización y denigración de la maternidad”, se formula las siguientes preguntas: “¿cometen las madres incesto con más frecuencia de lo que pensamos, y en mayor número de casos de lo que pensamos por propia iniciativa? ¿Acaso somos incapaces de percibirlo por la idealización a la que está sometida la maternidad?”

Me gustaría hablaros de Blanca. Vino a consultarme por un problema de inhibición social y con interés en participar en un grupo de psicoterapia para mujeres que estaba organizando. Me explica en la primera entrevista, entre llantos desconsolados, ahogados y con voz temblorosa, como su madre, siendo ella una niña de cinco, ataba sus manos a los laterales de la cama, acusándola de que se tocaba y que así no haría esas garrerías. Dice entre ahogos que se siente fracasada, sin identidad y sin vida propia. Se siente aislada y muy insegura en sus relaciones con los demás. Expresa la necesidad de ser invisible. Tiene un rígido control del pensamiento. Experimenta mucha culpa, mucha vergüenza y mucha desconfianza.

Describe a su madre como muy nerviosa y a su padre como una persona muy sentimental, muy llorona. Se queja de la poca participación de su padre, de su ausencia en el ámbito familiar, de su escasa presencia. Dice que no toma partido por nada. Expresa sentirse paralizada y de tener las manos atadas como cuando era pequeña. Le da miedo hablar de esta experiencia con su madre. Conecta y se asusta del odio tan profundo que experimenta hacia ella y el miedo por sentirlo. Tiene un profundo sentimiento de vacío, de no tener nada que dar y un anhelo desesperando por recibir. Recuerda que cuando hizo la primera comunión, su madre le dijo que para recibirla, tenía que explicar al cura que se tocaba. Verbaliza sentir un rencor contra su padre porque no hizo nada. Lo siente como cómplice de su madre.

Durante el tiempo que estuvo en tratamiento tanto individual como grupal, la percibí con mucho temor dentro de ella. Toda la capacidad emocional la tenía atada, desatarla posibilitaba recuperar sus recursos, pero también era desatar la hostilidad, agresividad. Los sentimientos de culpabilidad tapaban su sentimiento de hostilidad hacia su madre. .

Welldon señala que la persona incestuosa ataca a su progenitor, pero simultáneamente cerca, absorbe e impide la huida de su víctima. Las víctimas del incesto sufren efectos paralizantes y duraderos en su desarrollo emocional y sexual.

Luna es una mujer joven que pide consulta por sus problemas actuales para finalizar la carrera y por sus fuertes crisis de ansiedad. No puede presentarse a los exámenes. Tiene un discurso racionalizado e intelectualizado. Dice que había sido una estudiante muy brillante.

Cuando una niña ha sido sexualmente traumatizada encuentra a veces el refugio en una costosa adaptación. Se adapta a esta doble presión mediante una forma de existencia que tranquiliza a sus padres y calma su propia angustia: ¡se convierte en una buena alumna! .La niña se aísla, se le hace imposible levantar la vista de sus cuadernos y corta los lazos con el mundo. Aguantará así varios años, protegiéndose del sufrimiento y apaciguando a sus padres, hasta el día en que su derrumbamiento escolar o psíquico sorprende a todo el mundo.

En su relación terapéutica, se engancha y erotiza la relación con la terapeuta, incapacitando el trabajo en las sesiones. Boicotea el encuentro: llega tarde, no se presenta a las sesiones, pasa toda la sesión en silencio. . . Pone a prueba la relación. Es una persona muy fragmentada y así es como se relaciona. Describe de forma confusa, troceada y con mucha dificultad la relación de abuso.

Su padre se tenía que ausentar durante largos periodos por motivos de trabajo. Ella recuerda que no quería dormir con su madre pero esta le obligaba. Recuerda que en esos momentos no lo sabía, pero que con el tiempo se ha dado cuenta que su madre la tocaba, se excitaba frotándose con su cuerpo. Es como un sueño, como algo lejano, pero que ahora lo puede ver más nítido. No recuerda cuando empezó, ni tampoco cuando terminó. Tampoco sabe la edad que tendría. Cree que se terminó cuando su padre dejó de viajar. Describe a su madre como muy absorbente, posesiva y a un padre muy idealizado.

Luna, había utilizado una identificación escindida y proyectiva y una consiguiente sexualización como mecanismo de supervivencia a la hora de relacionarse con el mundo exterior. Empleaba defensas maníacas en un intento por tratar su intensa y enmascarada depresión crónica, resultante de una infancia repleta de privaciones, durante la cual era una parte del cuerpo de su madre, y cuya existencia sólo tenía sentido para proporcionarle a su madre gratificación narcisista y sexual

Kramer afirma que las madres incestuosas nunca han permitido que sus hijos o hijas tengan una sensación de individuación.

Ya para finalizar, me gustaría aportar una reflexión de J. Baudrillard: **“El principio del mal no es moral. Es un principio de desequilibrio y de vértigo, un principio de complejidad y de extrañeza, un principio de seducción, un principio de incompatibilidad, de antagonismo y de irreductibilidad. No es un principio de muerte sino, por el contrario, un principio vital de desvinculación.”**

Esta definición del mal, creo que nos puede ayudar a poder trabajar en el tema de los abusos sexuales, si lo entendemos como un tema de gran complejidad más que como inmoralidad y así a distinguir el trabajo psicoterapéutico del enfoque moral.

Los problemas de violencia y de abusos sexuales durante un tiempo fueron vistos desde una perspectiva restringida de lo privado y desde puntos de vistas morales y moralizadores. No se podían abordar más que por la exclusión, la reprobación y la denuncia.

Cuando la cultura no enuncia claramente una prohibición, anima a aquellas personalidades cuya empatía se ha desarrollado mal a pasar a la acción. Y utilizando la expresión de Sandra Butler “la conspiración del silencio social”, los niños y niñas que sufrieron la herida del abuso sexual, no tuvieron palabras para contarlo, no había lenguaje social para decirlo. La sociedad en general y los profesionales de la salud en particular, deberíamos asumir que es un problema de todas y de todos y no una mera tragedia personal. De aquí esta importancia de ir cuestionando nuestras propias teorías y nuestros propios principios profesionales de cómo entender y comprender los abusos sexuales, entendiéndolo desde la complejidad de una relación. Colocarnos en “buenos y malos”, no nos puede ayudar a pensar en perspectivas de cambio, ni social, ni personal.

Barcelona, mayo 2006

Bibliografía

Reynaldo Perrone y Martine Nannini. “Violencia y abusos sexuales en la familia. Un abordaje sistémico y comunicacional”. Edit. Paidós Terapia Familiar – 1997

W.Bezemer, I.Foeken, W.Gianotten y otras. “Después del Incesto. Apoyo para la elaboración de las experiencias de incesto”. Edit. Horas y Horas. Cuadernos Inacabados. 1994

Boris Cyrulnik “Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida” Edit. Gedisa - 2002

Estela V. Welldon “ Madre, virgen, puta. Idealización y denigración de la maternidad” Edit. Siglo veintiuno editores - 1993